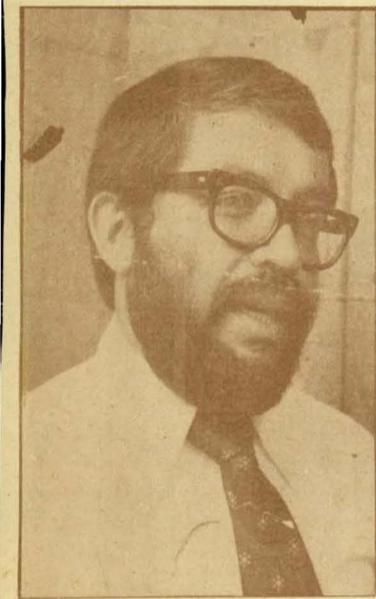


Un Primero de Mayo

Para Recordar

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



El estallido de un petardo en Palacio Nacional es mucho menor que el temido de tiempo atrás como consecuencia de la crisis. Sea porque somos un pueblo maduro, o aguantador, o desorganizado, hasta ahora la carestía y el desempleo no han sido causa de explosiones sociales. En la República Dominicana, al día siguiente de un decreto de elevación de precios publicado el 22 de abril, se produjeron disturbios que la desmesurada respuesta policiaca transformó en matanza: medio centenar de personas murieron, en medio de un clima de desórdenes que incluyeron actos de pillaje y saqueo de tiendas de comestibles.

Aquí, en cambio, un coctel molotov fue arrojado al lugar desde donde algunos funcionarios observaban el paso del desfile obrero conmemorativo. No puede decirse que el petardo haya interrumpido una mañana placentera. La manifestación resultó menos cordial que de costumbre. Con gesto agrio, muchos trabajadores miraban hacia el Palacio Nacional, la sede principal del gobierno, al que responsabilizan de las pesadas cargas que hoy recaen sobre sus hombros. Tal vez sea verdad lo dicho, ese mismo día, para la televisión, por Carlos Salinas, secretario de Programación: es la crisis y no su manejo lo que causa la elevación de los precios. Pero aun si fuera por entero verdad lo que asegura el funcionario, a la mayor parte de la gente le cuesta trabajo creerlo.

Eso puede ser culpa de la despolitización propiciada por el propio sistema, que hoy se vuelve contra quien la provocó. En consecuencia, y también por efecto de la propaganda privatista, el gobierno queda convertido en el principal blanco del enojo popular. ¿Hubieran esperado, los funcionarios testigos del desfile, que las pancartas y las proclamas de los desfilantes dijeran otra cosa? Si hasta les fue bien.

(Un párrafo aparte merece la transmisión televisiva del desfile. Sólo tiene sentido como acto de información, y sus responsables lo hicieron todo, y lo consiguieron, para evitar que lo fuera. El formato mismo de la emisión contribuía a las posibilidades de manipulación. Traer imágenes de los desfiles efectuados en provincia, en vez de hacernos pensar en la diversidad de los actos laborales, incluía sólo la imagen propagandística de los gobernadores, que es triste con frecuencia. Los bien hechos "cortes" con información del Congreso del Trabajo contenían materiales que los locutores repetían en vivo... cuando no se les extraviaba el guión, como presumiblemente ocurrió más de una vez. En suma, quien se hubiera quedado con sólo la información sobre el primero de mayo transmitida por la televisión, se hubiera formado una idea por completo distinta de la realidad. ¿Ese es el destino de las emisiones televisivas: velar la realidad en vez de hacerla conocer?).

El estallido del petardo no ha de ser tan ruidoso como para hacernos olvidar que otras cosas ocurrieron la mañana del martes de la semana pasada. Ya quedó dicho que los trabajadores expresaron sus demandas, en tono mesurado pero claro. Sin duda, el gobierno conoce bien lo que piensan los asalariados. Pero la contundencia de las peticiones constituye un acto de comunicación política cuyo valor no puede disminuirse. Es verdad que la prudencia fue dictada desde arriba, y que dejado correr libremente el sentimiento laboral otras hubieran sido las pancartas y los recados. Pero con los habidos basta para saber que no se puede seguir estirando la cuerda de la resistencia trabajadora, para que no se rompa.

Por otro lado, a la presencia tradicional de las agrupaciones miembros del Congreso del Trabajo se añadieron esta vez sindicatos que no pertenecen a esa central de centrales obreras. Especialmente fue advertible la presencia de los trabajadores universitarios, que hace tiempo esperaban ser admitidos en esta celebración, y aun en el Congreso del Trabajo mismo. La Unidad Obrera Independiente realizó, todavía, su manifestación por separado, ante el Monumento a la Revolución. Pero en el Zócalo, se caminó hacia la unificación de los cuerpos que aglutinan a quienes viven de su salario.

En uso de la apertura que permitió el desfile de nuevos invitados, varias agrupaciones políticas, no específicamente de trabajadores (aunque con referencias nominales quieran identificarse con tal sector) acudieron también al Zócalo. Tienen pleno derecho a hacerlo, aun en una fiesta específicamente dedicada al mundo laboral. Su presencia no tiene por qué asustar a nadie. Como tampoco debiera ocurrir lo mismo con su modo, descortés para el decoro de la clase media, de expresar sus demandas. Después de todo, algunos mexicanos no han estado en los colegios donde se aprenden buenas maneras y se enseñan las formas parlamentarias de discusión política.

Se dice que a causa de la confusión derivada de esas presencias extrañas se produjo el lanzamiento del coctel molotov, que provocó quemaduras a varias personas, especialmente a Alejandro Carrillo Castro. A pesar de que la cura de sus lesiones debe ser terriblemente dolorosa, Carrillo Castro ya estaba trabajando en público unos días después de la censurable agresión. Es laudable la presencia de ánimo de este eficaz servidor público, y sirve también para medir en su exacta dimensión el atentado: cualquiera que haya sido la intención de quienes lo lanzaron, el petardo no fue más que un incidente políticamente menor, que creció artificialmente y que no debiera producir más consecuencias que las ya generadas.

¿Cuáles enemigos del sistema, los partidarios de cuál otro, lanzaron la bomba? Los que fueron, obedecen a una influencia extranjera, según se desprende del juicio nada menos que del Presidente de la República. La información que le permitió enunciar ese dictamen debe ser compartida. El suceso ha de estar claro, para que lo estén también sus causas y consecuencias. A pesar de la confusión, en un acto multitudinario es difícil que el autor de un ataque como el descrito haga toda su actuación sin ser visto por nadie. ¿Hay detenidos? ¿se practica una investigación? ¿se citó a testigos? No lo sabe, hasta ahora, el común de los ciudadanos.

En la República Dominicana, los desórdenes callejeros con resultado mortal a que aludí al comenzar estas líneas se atribuyen a instigaciones de la derecha. Aquí, en cambio, la mayor parte de las conjeturas, contraviniendo la lógica, ha supuesto que el radicalismo de izquierda lanzó el petardo, para manifestar el cansancio de los trabajadores causado por la política económica gubernamental.

No desviemos la mirada del probable origen conservador del atentado. No olvidemos que unas horas antes, un campamento de refugiados guatemaltecos fue atacado por tropas al servicio del régimen militar de nuestro vecino del sur. No dejemos de considerar que ambos actos agresivos pueden estar cosidos por el hilo común de la necesidad de desestabilizar al gobierno mexicano, a fin de hacerlo creer que la teoría del dominó es verdad y que el destinatario de la violencia centroamericana es en realidad el gobierno de México mismo.

Como quiera que sea, es preciso que tengamos fría la cabeza. Hasta ahora, aunque sea verdad que lo peor de la crisis está por venir, no se ha roto globalmente la tranquilidad social. Los trabajadores no serán los beneficiarios de que se rompiera. A ellos debe interesarles, por lo tanto, antes que a nadie, que se mantenga. Pero no lo harán pasivos ni conformes. No se estorbe, en consecuencia, el uso de sus propios instrumentos de acción política y laboral.